

BIBLIOTECA UNIVERSAL

BIBLIOTECA UNIVERSAL

COLECCION

DE LOS

MEJORES AUTORES

ANTIGUOS Y MODERNOS,
NACIONALES Y EXTRANJEROS.

TOMO XVII

TESORO DE LA POESIA CASTELLANA

SIGLO XVI



MADRID

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Madera, núm. 8, bajo.

1885

GARCILASO DE LA VEGA

— ÉGLOGAS —

SALICIO Y NEMOROSO.

A D. Pedro de Toledo, marqués de Villafranca,
virey de Nápoles.

El dulce lamentar de dos pastores,
Salicio juntamente y Nemoroso,
He de cantar, sus quejas imitando,
Cuyas ovejas al cantar sabroso
Estaban muy atentas, los amores,
De pacer olvidadas, escuchando.
Tú, que ganaste obrando
Un nombre en todo el mundo,
Y un grado sin segundo,
Agora estés atento, solo y dado
Al ínclito gobierno del estado
Albano; agora, vuelto á la otra parte,
Resplandeciente, armado,
Representando en tierra el fiero Marte;
Agora de cuidados enojosos
Y de negocios libre, por ventura
Andes á caza, el monte fatigando
En ardiente ginete, que apresura

El curso tras los ciervos temerosos,
Que en vano su morir van dilatando;
Espera, que en tornando
A ser restituido
Al ocio ya perdido,
Luégo verás ejercitar mi pluma
Por la infinita innumerable suma
De tus virtudes y famosas obras;
Antes que me consuma,
Faltando á tí, que á todo el mundo sobras.
En tanto que este tiempo que adivino
Viene á sacarme de la deuda un día,
Que se debe á tu fama y á tu gloria;
Que es deuda general, no sólo mía,
Mas de cualquier ingenio peregrino
Que celebra lo digno de memoria;
El árbol de vitoria
Que ciñe estrechamente
Tu gloriosa frente
Dé lugar á la hiedra que se planta
Debajo de tu sombra, y se levanta
Poco á poco, arrimada á tus loores;
Y en cuanto esto sé canta,
Escucha tú el cantar de mis pastores.
Saliendo de las ondas encendido,
Rayaba de los montes el altura
El sol, cuando Salicio, recostado
Al pié de una alta haya, en la verdura,
Por donde una agua clara con sonido
Atravesaba el fresco y verde prado;
El, con canto acordado
Al rumor que sonaba,
Del agua que pasaba,
Se quejaba tan dulce y blandamente
Como si no estuviera de allí ausente

La que de su dolor culpa tenía;
Y así, como presente,
Razonando con ella, le decia:

SALICIO

[jas
¡Oh, más dura que mármol á mis que-
Y al encendido fuego en que me quemo
Mas helada que nieve, Galatea!
Estoy muriendo, y aún la vida temo;
Témola con razon, pues tú me dejas;
Que no hay, sin tí, el vivir para qué sea.
Vergüenza hé que me vea
Ninguno en tal estado,
De tí desamparado;
Y de mí mismo yo me corro agora.
¿De un alma te desdeñas ser señora,
Donde siempre moraste, no pudiendo
Della salir un hora:
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
El sol tiende los rayos de su lumbre
Por montes y por valles, despertando
Las aves y animales y la gente:
Cuál por el aire claro va volando,
Cuál por el verde valle ó alta cumbre
Paciendo va segura y libremente,
Cuál con el sol presente
Va de nuevo al oficio
Y al usado ejercicio
Do su natura ó menester le inclina.
Siempre está en llanto esta ánima mez-
[quina
Cuando la sombra el mundo va cubriendo
O la luz se avecina.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

¿Y tú, desta mi vida ya olvidada,
Sin mostrar un pequeño sentimiento
De que por tí, Salicio, triste muera,
Dejas llevar, desconocida, al viento
El amor y la fe que ser guardada
Eternamente sólo á mí debiera?
¡Oh, Dios! ¿Por qué siquiera,
Pues ves desde tu altura
Esa falsa perjura
Causar la muerte de un estrecho amigo,
No recibe del cielo algun castigo?
Si en pago del amor yo estoy muriendo,
¿Qué hará el enemigo?
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Por tí el silencio de la selva umbrosa,
Por tí la esquividad y apartamiento
Del solitario monte me agradaba;
Por tí la verde hierba, el fresco viento,
El blanco lirio y colorada rosa
Y dulce primavera deseaba.
¡Ay, cuánto me engañaba!
¡Ay, cuán diferente era
Y cuán de otra manera
Lo que en tu falso pecho se escondía!
Bien claro con su voz me lo decia
La siniestra corneja, repitiendo
La desventura mía.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Cuántas veces, durmiendo en la flo-
Reputándolo yo por desvario, [resta,
Vi mi mal entre sueños! ¡Desdichado!
Soñaba que en el tiempo del estío
Llevaba, por pasar allí la siesta,
A beber en el Tajo mi ganado;
Y despues de llegado,

Sin saber de cuál arte,
Por desusada parte
Y por nuevo camino el agua se iba;
Ardiendo ya con la calor estiva,
El curso enajenado iba siguiendo
Del agua fugitiva.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Tu dulce habla ¿en cuya oreja suena?
Tus claros ojos ¿á quién los volviste?
¿Por quién tan sin respeto me trocaste?
Tu quebrantada fe ¿dó la pusiste?
¿Cuál es el cuello que como en cadena
De tus hermosos brazos anudaste?
No hay corazon que baste,
Aunque fuese de piedra,
Viendo mi amada hiedra,
De mí arrancada, en otro muro asida,
Y mi parra en otro olmo entretejida,
Que no se esté con llanto deshaciendo
Hasta acabar la vida.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo,
¿Qué no se esperará de aquí adelante,
Por difícil que sea y por incierto?
O ¿qué discordia no será juntada?
Y juntamente ¿qué tendra por cierto
O qué de hoy más no temerá el amante,
Siendo á todo materia por tí dada?
Cuando tú enajenada
De mí, cuitado, fuiste,
Notable causa diste
Y ejemplo á todos cuantos cubre el cielo,
Que el más seguro tema con recelo
Perder lo que estuviere poseyendo.
Salid fuera sin duelo,
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.

Materia diste al mundo de esperanza
De alcanzar lo imposible y no pensado,
Y de hacer juntar lo diferente,
Dando á quien diste el corazón malvado.
Quitándolo de mí con tal mudanza,
Que siempre sonará de gente en gente.
La cordera paciente
Con el lobo hambriento
Hará su ayuntamiento,
Y con las simples aves sin ruido
Harán las bravas sierpes ya su nido;
Que mayor diferencia comprendo
De tí al que has escogido.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Siempre de nueva leche en el verano
Y en el invierno abundo, en mi majada
La manteca y el queso está sobrado.
De mis cantares, pues, te ví agradada
Tanto, que no pudiera el mantuano
Tí tiro ser de tí más alabado.
No soy, pues, bien mirado,
Tan disforme ni feo;
Que áun agora me veo
En esta agua que corre clara y pura,
Y cierto no trocará mi figura
Con ese que de mí se está riendo;
Trocára mi ventura.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
¿Cómo te vine en tanto menosprecio?
¿Cómo te fuí tan presto aborrecible?
¿Cómo te faltó en mí el conocimiento?
Si no tuvieras condición terrible
Siempre fuera tenido de tí en precio,
Y no viera de tí este apartamiento.
¿No sabes que sin cuento

Buscan en el estío
Mis ovejas el frío
De la sierra de Cuenca, y el gobierno
Del abrigado extremo en el invierno?
Mas ¡qué vale el tener, si derritiendo
Me estoy en llanto eterno!
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Con mi llorar las piedras enternecen
Su natural dureza y la quebrantan,
Los árboles parece que se inclinan,
Las aves que me escuchan; cuando can-
Con diferente voz se condolecen, [tan
Y mi morir cantando me adivinan.
Las fieras que reclinan
Su cuerpo fatigado,
Dejan el sosegado
Sueño por escuchar mi llanto triste.
Tú sola contra mí te endureciste,
Los ojos áun siquiera no volviendo
A lo que tú hiciste.
Salid sin duelo, lágrimas, corriendo.
Mas ya que á socorrerme aquí no vie-
No dejes el lugar que tanto amaste; nes
Que bien podrás venir de mí segura;
Yo dejaré el lugar do me dejaste;
Vén, si por sólo esto te detienes.
Ves aquí un prado lleno de verdura,
Ves aquí una espesura,
Ves aquí una agua clara,
En otro tiempo cara,
A quien de tí con lágrimas me quejo.
Quizá aquí hallarás, pues yo me alejo,
Al que todo mi bien quitarme puede;
Que pues el bien le dejo, [de.—
No es mucho que lugar también le que-

Aquí dió fin á su cantar Salicio,
Y suspirando en el postrero acento,
Soltó de llanto una profunda vena. [to
Queriendo el monte al grave sentimien-
De aquel dolor en algo ser propicio,
Con la pasada voz retumba y suena.
La blanda Filomena,
Casi como dolida
Y á compasion movida,
Dulcemente responde al són lloroso.
Lo que cantó tras esto Nemoroso
Decidlo vos, Piérides; que tanto
No puedo yo ni oso,
Que siento enflaquecer mi débil canto.

NEMOROSO

Corrientes aguas, puras, cristalinas;
Arboles que os estais mirando en ellas,
Verdeprado defresca sombraleno, [llas,
Aves que aquí sembrais vuestras quere-
Hiedra que por los árboles caminas,
Torciendo el paso por su verde seno,
Yo me vi tan ajeno
Del grave mal que siento,
Que de puro contento
Con vuestra soledad me recreaba,
Donde con dulce sueño reposaba,
O con el pensamiento discurria
Por donde no hallaba
Sino memorias llenas de alegría;
Y en este mismo valle, donde agora
Me entristezco y me canso, en el reposo
Estuve ya contento y descansado;
¡Oh, bien caduco, vano y presuroso!

Acuérdome durmiendo aquí algun hora,
Que despertando, á Elisa ví á mi lado.
¡Oh, miserable hado!
¡Oh, tela delicada
Antes de tiempo dada
A los agudos filos de la muerte!
Más conveniente fuera aquesta suerte
A los cansados años de mi vida,
Que es más que el hierro fuerte,
Pues no la ha quebrantado tu partida.
¿Dó están agora aquellos claros ojos
Que llevaban tras sí como colgada
Mi ánima do quier que se volvian?
¿Dó está la blanca mano delicada,
Llena de vencimientos y despojos
Que de mí mis sentidos le ofrecian?
Los cabellos que vian
Con gran desprecio al oro,
Como á menor tesoro, [cho?
¿Adónde están? ¿Adónde el blanco pe-
¿Dó la coluna que el dorado techo
Con presuncion graciosa sostenia?
Aquesto todo agora ya se encierra,
Por desventura mia,
En la fria, desierta y dura tierra.
¿Quién me dijera, Elisa, vida mia,
Cuando en aqueste valle al fresco viento
Andábamos cogiendo tiernas flores,
Que habia de ver con largo apartamiento
Venir el triste y solitario dia
Que diese amargo fin á mis amores?
El cielo en mis dolores
Cargó la mano tanto,
Que á sempiterno llanto
Y á triste soledad me ha condenado;

Y lo que siento más es verme atado
A la pesada vida y enojosa,
Solo, desamparado,
Ciego sin lumbré en cárcel tenebrosa.

Después que nos dejaste, nunca paces
En hartura el ganado ya, ni acude
El campo al labrador con mano llena.
No hay bien que en mal no se convierta y
[mude:

La mala hierba al trigo ahoga, y nace
En lugar suyo la infelice avena;
La tierra, que de buena
Gana nos producía
Flores con que solía

Quitar en sólo vellas mil enojos,
Produce agora en cambio estos abrojos,
Ya de rigor de espinas intratable;
Y yo hago con mis ojos
Crecer, llorando, el fruto miserable.

Como al partir del sol la sombra crece,
Y en cayendo su rayo se levanta
La negra escuridad que el mundo cubre,
De do viene el temor que nos espanta,
Y la medrosa forma en que se ofrece
Aquello que la noche nos encubre,
Hasta que el sol descubre
Su luz pura y hermosa;
Tal es la tenebrosa

Noche de tu partir, en que he quedado
De sombra y de temor atormentado,
Hasta que muerte el tiempo determine
Que á ver el deseado
Sol de tu clara vista me encamine.

Cual suele el ruiseñor con triste canto
Quejarse, entre las hojas escondido,

Del duro labrador, que cautamente
Le despojó su caro y dulce nido
De los tiernos hijuelos entré tanto
Que del amado ramo estaba ausente,
Y aquel dolor que siente
Con diferencia tanta
Por la dulce garganta

Despide, y á su canto el aire suena,
Y la callada noche no refrena
Su lamentable oficio y sus querellas,
Trayendo de su pena
Al cielo por testigo y las estrellas;

Esta manera suelto yo la rienda
A mi dolor, y así me quejo en vano
De la dureza de la muerte airada.
Ella en mi corazón metió la mano,
Y de allí me llevó mi dulce prenda;
Que aquel era su nido y su morada.
¡Ay, muerte arrebatada!
Por tí me estoy quejando
Al cielo y enojando
Con importuno llanto al mundo todo;
Tan desigual dolor no sufre modo.
No me podrán quitar el dolorido
Sentir, si ya del todo
Primero no me quitan el sentido.

Una parte guardé de tus cabellos,
Elisa, envueltos en un blanco paño,
Que nunca de mi seno se me apartan;
Descójolos, y de un dolor tamaño
Enternecerme siento, que sobre ellos
Nunca mis ojos de llorar se hartan.
Sin que de allí se partan,
Con suspiros calientes,
Más que la llama ardientes,

Los enjugo del llanto, y de consuno
Casi los paso y cuento uno á uno;
Juntándolos, con un cordón los ato.
Tras esto el importuno
Dolor me deja descansar un rato.
Mas luego á la memoria se me ofrece
Aquella noche tenebrosa, oscura,
Que siempre aflige esta ánima mezquina
Con la memoria de mi desventura.
Verte presente agora me parece
En aquel duro trance de Lucina;
Y aquella voz divina
Con cuyo són y acentos
A los airados vientos
Pudieras amansar, que agora es muda,
Me parece que oigo que á la cruda,
Inexorable diosa, demandabas
En aquel paso ayuda:
Y tú, rústica diosa, ¿dónde estabas?
¿Ibate tanto en perseguir las fieras?
¿Ibate tanto en un pastor dormido?
¿Cosa pudo bastar á tal crueza,
Que, conmovida á compasión, oído
A los votos y lágrimas no dieras
Por no ver hecha tierra tal belleza,
O no ver la tristeza
En que tu Nemoroso,
Queda, que su reposo
Era seguir tu oficio, persiguiendo
Las fieras por los montes, ofreciendo
A tus sagradas aras los despojos?
¿Y tú, ingrata, riendo
Dejas morir mi bien ante mis ojos?
Divina Elisa, pues agora el cielo,
Con inmortales piés pisas y mides,

Y su mudanza ves, estando queda,
¿Por qué de mí te olvidas, y no pides
Que se apresure el tiempo en que este velo
Rompa del cuerpo, y verme libre pueda,
Y en la tercera rueda
Contigo mano á mano
Busquemos otro llano,
Busquemos otros montes y otros rios,
Otros valles floridos y sombríos,
Donde descanse y siempre pueda verte
Ante los ojos míos,
Sin miedo y sobresalto de perderte?—
Nunca pusieran fin al triste lloro
Los pastores, ni fueran acabadas
Las canciones que sólo el monte oía,
Si mirando las nubes coloradas,
Al trasmontar del sol bordadas de oro,
No vieran que era ya pasado el día.
La sombra se veía
Venir corriendo apriesa
Ya por la falda espesa
Del altísimo monte, y recordando
Ambos como de sueño, y acabando
El fugitivo sol, de luz escaso,
Su ganado llevando,
Se fueron recogiendo paso á paso.

TIRRENO, ALCINO.

Aquella voluntad honesta y pura,
Ilustre y hermosísima María,
Que en mí de celebrar tu hermosura,